

UNA DEFENSA DE LA DIALÉCTICA

DIALECTIC: A DEFENSE

Juan Antonio Rodríguez Tous



Universidad de Sevilla

profesor.tous@gmail.com

Fecha de recepción: 28/01/2022

Fecha de aceptación: 15/07/2022

<https://doi.org/10.30827/tn.v5i2.25903>

[Julián Jiménez Heffernan, *La Dialéctica. Variaciones sobre un tema de Fredric Jameson*. Madrid, Abada Editores, 2021, 148 págs.]

Abstract: This essay critically analyzes the complex evolution of the notion of dialectics in the work of Fredric Jameson. The author clarifies concepts and systematically reorders the chosen topic. Likewise, he makes a brilliant defense of dialectical praxis against its critics.

Keywords: Dialectic; Jameson; Post-theory; Philosophical Deconstruction; Adorno; Marxism; Hegel; Idealism.

Resumen: El ensayo analiza críticamente la compleja evolución de la dialéctica en la obra de Fredric Jameson. El autor aclara conceptos y reordena de modo sistemático el tema elegido. Del mismo modo, realiza una brillante defensa de la práctica dialéctica frente a sus críticos.

Palabras clave: dialéctica; Jameson; post-teoría; deconstrucción filosófica; Adorno; Marxismo; Hegel; idealismo.

Fredric Jameson puede ser considerado uno de los mejores y más activos defensores de la Dialéctica y de *lo dialéctico* en el panorama filosófico actual. Este ensayo es una apasionada reivindicación de esta defensa. Es decir: Jiménez Heffernan propone una inteligente apología de una apología. De hecho, no duda en sobrepasar a Jameson –sirviéndose pudorosamente de una cita de Deleuze– en la coda que cierra el texto (“Más Dialéctica”): no hay tanto que redefinir una y otra vez qué es y qué no es dialéctica sino *dejar que ocurra*, servirse de ella *sans souci et sans compliment* (139). Se percibe, en esta reivindicación final, el signo de la generación a la que pertenece el autor. Nacido en 1968, Jiménez Heffernan es obviamente un observador crítico y un tanto desapasionado de polémicas remotas que llegan hasta nuestros días en forma de rescoldo. Le importan porque –parafraseando a Hölderlin– el autor no pertenece al club de los que sienten pudor en ir a la fuente. Analiza admirablemente los entresijos de la *Querelle* sobre el estatuto y alcance de la Dialéctica a través del prolongado combate de Jameson con los detractores del formidable (re) invento de Hegel. Pero el autor se sabe en gran medida ajeno a este combate. Los enemigos de la Dialéctica y de lo dialéctico son hoy muy diferentes a los que combatió Jameson desde la década de los 70 (y cuyos epígonos sigue combatiendo hoy: *genio y figura*): se trata de esa combinación de “cognitivismo latente, puritanismo estridente y sociología barata” (10) que impregna el debate contemporáneo sobre cualquier asunto. Es éste un adversario tan formidable como estúpido. Cabe pensar, además, que Jiménez Heffernan ha comprendido que el ubicuo *wokismo* transteórico no puede ser combatido con armas *teóricas* (pues se presenta a sí mismo como ajeno a cualquier forma de teorización), sino con una *praxis* intelectual rigurosa que no renuncie –cuando proceda– a la ironía o al sarcasmo. Una *praxis* que no tema, por supuesto, a *haters*, escraches y cancelaciones. Así, el autor reivindica –evocando a Jameson– la *persistencia* de la Dialéctica como único modo de acercamiento razonable a procesos socio-históricos (12). Es el *aggiornamento* del hegeliano “trabajo de lo negativo”: serio, doloroso y paciente. Y habría que añadir, con Hegel, que este trabajo nunca debe pretender ser edificante.

Aunque el autor se atiene, en gran medida, al despliegue cronológico de la defensa jamesoniana de la Dialéctica, no renuncia a una estructuración temática de la misma. Los tres primeros capítulos son preliminares. En primer lugar, se sitúa la Dialéctica (más como estrategia inquisitiva eficaz que como método) frente a esos dos grandes obstáculos contra los que se estrellan una y otra vez las alternativas teóricas más o menos *positivistas* en Ciencias Sociales: el carácter proteico y procesual del marco empírico (lo “social”) y la paradójica relación entre las distintas “totalidades” y

los “hechos” que dichas totalidades categorizan. En el segundo capítulo (“Jameson, dialéctico”), se evoca la *conversión* del filósofo (y su silencio de diez años, tan kantiano) a raíz de la aparición, en 1960, de *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre. El tercer capítulo (“La clarificación teórica de la dialéctica”), en fin, anticipa el decurso posterior del ensayo: de la clarificación del sentido de Dialéctica frente a estructuralistas y deconstructivistas hasta sus últimos ensayos sobre Hegel y Marx, el *Zürückgehen* de Jameson.

En los capítulos siguientes, el autor se ocupa de recorrer, de hito en hito, la evolución del problema en la obra de Jameson. Se señala, en primer lugar, la asunción parcial por parte del filósofo del Sartre dialéctico (“Sartre”). Se trata de un largo capítulo repleto de inteligentes observaciones analíticas. Jameson, como se sabe, somete a crítica la filosofía de Sartre en su tesis doctoral (*Sartre: The Origins of a Style*, 1961). Jameson aún es un dialéctico incipiente y entusiasta que reprocha a Sartre cierto rebajamiento o dilución de lo dialéctico: Sartre sería el filósofo de la “dialéctica detenida, o imitación de la dialéctica” (38). En principio, cabría pensar que el tratamiento jamesoniano de la filosofía de Sartre es radicalmente contrapuesto al que, diez años después de este su primer libro, le dedica en *Marxism and Form* (1971). El autor rechaza este tópico interpretativo y muestra convincentemente la afinidad evolutiva entre ambos textos: la crítica del existencialismo en 1961 ya contenía elementos que apuntaban a futuras connivencias teóricas con el Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica*. “Jameson –escribe el autor– celebra la valentía de Sartre al emplear un término, “totalización”, que constituye, todavía hoy, un absurdo motivo de sonrojo para hegelianos de todo signo. Es dialéctica la necesidad de pre-comprender el todo (social) antes de comprender la parte (la vida subjetiva), pero también la negación implícita en el proyecto como destrucción de la resistencia que el mundo inerte ofrece a nuestro empeño” (43). Cabría añadir, en este punto, que Jameson tuvo (y tiene) un mérito añadido: en el mundo académico anglo-norteamericano (analítico o no), “hegeliano” es casi un insulto. Como apunta irónicamente el autor algo más adelante, “Jameson nunca se ha sentido cómodo ni con la fruta (útil) ni con la cáscara (prescindible) de la fronda hegeliana”. Podríamos añadir que, a estas alturas de su trayectoria académica, es posible que Jameson prefiera incluso la cáscara hegeliana al torpe aliño escriturario de los post-teóricos de hogaño. Hegel –digámoslo a modo de provocación– es como Bach: hasta sus constantes repeticiones son asombrosas. Su tardío y brillante regreso a Hegel (*The Hegel Variations. On the Phenomenology of Spirit*, 2010) quizá se explique como un auto-ajuste de cuentas biográfico: durante décadas, no se podía regresar a Hegel

à corps perdu. Lo impedían sólidas cautelas construidas por sus continuadores, desde Marx a la Escuela de Francfort.

Se ocupa luego el autor del diálogo teórico de Jameson con Adorno (“La persistencia de Adorno”). En 1990, Jameson publica *Late Marxism, or the Persistence of the Dialectic*. El contexto intelectual es muy distinto al de 1971. Triunfa la deconstrucción. Derrida dedica ensayos vitriólicos al marxismo “tardío”, especialmente representado en la figura del Adorno de *Dialéctica negativa*. Es evidente que las bases teóricas del marxismo y de la deconstrucción son, en gran medida, antitéticas. Coinciden, sin embargo, en un ámbito que le importa especialmente a Jameson: la *crítica inmanente* (piénsese en los textos jamesonanos y adornianos sobre el arte del siglo XX). Dicha crítica exige, en primer lugar, una “percepción diferencial” que permita “discriminar lo progresivo de lo regresivo en el proceso interno de una forma artística”. Y, en segundo lugar, exige cierta concepción de la totalidad que envuelve el proceso sometido a crítica. Ambas exigencias están por completo ausentes de las estrategias deconstructivas de Derrida. Y no es posible negar la apabullante brillantez de sus textos, auténticos ejercicios de *crítica (re)creativa* (usamos el adjetivo sin ánimo irónico alguno). Jameson, dicho de modo un tanto simplista, conserva la primera exigencia y reformula la segunda al modo adorniano: lo universal está siempre diferido u ocluido: “leer es permitir el diálogo (dialéctica) entre dicción (particular afirmado) y contradicción (particular superado y negado –es decir, contradicho– en el universal” (59).

Los siguientes dos capítulos se ocupan de los esfuerzos de Jameson para clarificar (y, en lo posible, sistematizar) el concepto de dialéctica. El primero de ellos (“La crítica dialéctica”) refiere al primer Jameson, el de *Marxism and Form*, empeñado en desproveer lo dialéctico de contaminación hegeliana. Al Jameson de 1971 le preocupa resolver el problema de la “correcta identificación de la unidad mínima de análisis dialéctico”, un problema clave, en efecto, en la “sociología de orientación especulativa” (63) más o menos marxista. El autor señala acertadamente cómo Jameson se acerca a Hegel en numerosas ocasiones, aunque a manera de un *lapsus* o acto fallido. En todo caso, se trataría de “marxificar” a Hegel, anticipándose décadas a uno de los *Leitmotive* de la obra de Žižek.

El segundo de ellos (el más extenso de este ensayo) se ocupa de la más elaborada –hasta la fecha– propuesta jamesonana de clarificación y elaboración conceptual de la noción de dialéctica. Se trata del capítulo “Three Names of the Dialectic” incluido en *Valences of the Dialectic* (2009). La Dialéctica como “único horizonte viable, en cierto modo insuperable, del pensamiento crítico” (83). El autor señala acertadamente cómo Jameson conjura ya a Hegel como un espíritu benéfico o protector, aunque con-

serve cierto pudor al hacerlo; ciertamente, en el mundo académico anglo-norteamericano aún pesan –a modo de inercias intelectuales– las invectivas liberal-popperianas contra la obra del Gran Suabo. “A mi juicio –escribe el autor– Jameson pierde demasiado tiempo pidiendo disculpas por ocuparse de algo que sus colegas académicos consideran ya muerto y enterrado” (85). Así Jameson “le pasa a la dialéctica un test de buena conducta con el fin de tratar de demostrar que está vacunada contra muchos de los males detectados por la intelectualidad moderna y posmoderna” (89). El autor advierte también cómo el Jameson de 2009 no acierta a resolver la *Querelle* con el deconstructivismo. Jameson no aprecia suficientemente –escribe el autor– la lógica que rige el acercamiento, no siempre hostil, de Derrida al término, al nombre de Dialéctica” (101).

El autor se ocupa, en fin, del regreso analítico de Jameson a la obra de Hegel, esto es, de su libro sobre la *Fenomenología del Espíritu* (2010), el “desafío de leer la *Fenomenología* y, al pensamiento hegeliano en general, como un todo conceptual articulado por una dialéctica caracterizada ya en términos sausserianos como sistema ‘sin términos positivos’” (129). Ciertamente, el Hegel al que regresa Jameson no es ya el Hegel petrificado de la primera edición de sus obras completas compiladas por sus discípulos. Jameson se sumerge en uno de los libros más extraños, desmesurados y fascinantes de la historia del pensamiento. Y descubre que la esencia de lo dialéctico es la mediación, no la “síntesis”. Simplificando *grosso modo*, diríamos que el Hegel “sintético” es un laborioso invento de sus epígonos escolásticos. Casi la mitad de los volúmenes que integraron la edición del *Club de Amigos del Difunto* con los añadidos posteriores de Nohl, la *Gesamte Werkausgabe* son sus *Lecciones* de Berlín. Y es inimaginable que Hegel las hubiera publicado en vida en el formato en que aparecieron. En todo caso, el Hegel “sistemático” sería el de la *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, un libro mutante en sus tres ediciones que puede ser leído hoy más como un cuaderno de bitácora intelectual que como una imagen petrificada del Sistema. De hecho, en sus últimos años berlineses, Hegel practica justamente esa forma de *crítica dialéctica inmanente* que Jameson reivindica desde sus primeros escritos. Es el caso, por ejemplo, de su largo artículo sobre el *Reform Bill*, brillante antecedente de uno de los mejores textos *performativos* de Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Y es que “la dialéctica no está en sus contenidos, tampoco en sus conceptos. Está tan sólo en sus realizaciones, ejecuciones, ejercicios singulares –es decir, históricos–. La dialéctica, diríamos, pasa (...) sucede, no es (...) Y sucede sólo cuando ella es reflexivamente consciente de su decurso, su suceder” (136).

En este ensayo, Jiménez Heffernan ha ido más allá de su objetivo inicial. Más allá de la exploración meticulosa del tema central de la obra de Jameson. Como decíamos *supra*, nos hallamos ante la reivindicación –implícita a lo largo de sus páginas– del hegeliano “duro trabajo de lo negativo”, tan distinto y distante del ubicuo uso y abuso de torpes *ideologemas* que impregna buena parte de los “debates” (las comillas son imprescindibles) contemporáneos.

Bibliografía

Adorno, Theodor. *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Madrid, Akal, 2005.

Hegel, *Fenomenología del Espíritu* Madrid, Abada, 2010.

_____. *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*. Madrid, Abada, 2017.

Jameson, Fredrick. *Marxism and Form* [1971]. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1974.

_____. *Sartre: The Origins of a Style* [1961]. Nueva York, Columbia University Press, 1984.

_____. *Late Marxism. Adorno or the Persistence of the Dialectic* [1990]. Londres, Verso, 2006.

_____. *The Hegel Variations. On the Phenomenology of Spirit*. Londres, Verso, 2010.

_____. *Valences of the Dialectic*. Londres, Verso, 2010.

Marx, Karl. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid, Alianza, 2015.

Sartre, Jean Paul. *Crítica de la razón dialéctica, I y II* [1960]. Buenos Aires, Losada, 2004.